

# La Enseñanza.



REDACCION.

Señorita Angela Lozano.  
Manuel Orozco y Berra.  
Hilarion Frias y Soto.  
Manuel Peredo.

REVISTA AMERICANA DE INSTRUCCION Y RECREO.

EDITOR PROPIETARIO, N. CH.

## EL ALBUM DE LOS NIÑOS.

AÑO IV. }

MÉXICO, MAYO 15 DE 1874.

{ NUM. 60.

### CUENTOS DE MI ABUELO.

#### LAS HERMANAS DE LECHE.

[Concluye.]

Finalmente, hablando Susana la primera, exclamó: «Puedo apretarte, pues, todavía contra este pecho que te crió.—Y yo, le respondió Leonor, puedo por último volver á mi puesto en el pecho de mi segunda madre.—Déjate de eso, nunca saliste de él.—Como ni tampoco del mio, dijo sucesivamente Suseta abrazándola de nuevo.—Pero ¿qué bonita te has vuelto? añadió Leonor.—Es un efecto de la felicidad, repuso Susana: estás viendo á su marido, espero que no ha hecho mi hija mala eleccion; y sin que sea vanidad, podemos decir que es la mas guapa pareja.... Vaya, Santiago, abrázala, pues, que tambien es de la familia....» El mozo obedece con diligencia á su suegra, y le dió en las mejillas á Leonor dos besazos que desterraron su palidez ordinaria, originada de la tristeza y excesivo trabajo.—¿No habrá nada para la recadera? prorumpió sucesivamente la frutera del mercado.—¡Ah! con muchísimo gusto, dijo Leonor; ¿no es vd. tambien mi segunda nodriza? Buenas gentes, dignas amigas, y

pechos excelentes, ¿cómo podré reparar todas mis faltas?—Voy á indicar un medio para ello, repuso con viveza Susana; ven á pasar unos meses con nosotras; estás muy débil de salud al parecer, necesitas descansar y tomar fuerzas; la vista del país en que te criaste, de aquel palacio de madama de Clermont, que pertenece hoy dia á un sobrino suyo, alimentos sanos, algun ejercicio, nuestras caricias y asistencia, todo ello te volverá la robustez, y aquellos guapos colores que te caian tan bien: podrás comer á tus anchuras de aquellas tortas de manteca y quesos frescos á que eras tan aficionada; y si te cansase yo alguna vez con mis agasajos, ó te fastidiasen de mi charla, pues bien, hija mia, tendrás tu cuartito separado, donde podrás divertirte en tu pintura.—Y yo, añadió Suseta, te prometo ir todos los dias á paseo contigo, volver á ver juntas los sitios en que pasamos nuestra infancia; y si á Dios gracias, me hallase nodriza á mi turno dentro de unos meses, serias la madrina de mi niño. Ven, hermanita mia.—Venga vd. ¡ah! venga con nosotros, exclamaba Santiago; y hará mas fielmente todavía el cuadro que le tengo pedido.—Ven, repitió Susana, tu padre de leche está esperándote; y solo de ti necesita tu nodriza para ser la mujer mas feliz....» Leonor, cuya conmocion era indecible, apre-

tando sucesivamente en su pecho á esta respetable familia, aceptó sin vacilar su oferta, cuya sinceridad le era bien conocida. Preparó, pues, cuanto necesitaba para su partida, y volvió al generoso Santiago los veinticinco luises que habia dejado en una mesa. Susana y su hija la ayudaron con apresuramiento, mientras que Santiago fué á buscar su carro entoldado, tirado de tres buenas mulas. En él colocaron cuanto Leonor habia dispuesto para su viaje, y Susana propuso partir en el momento mismo. «No, no, dijo la frutera, no se me deja á mí en esa forma. Quiero y entiendo que mi comadre y sus hijos, porque vd. pertenece ahora á este número, dijo á Leonor; sí, es mi ánimo que vdes. todos cuatro vengán á comer en mi tienda el mejor pavo relleno con criadillas que haya en todo el mercado: me toca á mí la primera reunion de la familia. Pierda vd. cuidado, añadió, vendré en su ausencia de vd. á limpiar su cuartito, y pagaré el alquiler en su nombre. Vaya, vengán vdes. todos, y acabada la comida, tendrán libertad para dejarme y marchar á su tierra.»

A estas palabras, Susana y su hija dieron el brazo á Leonor; Santiago carga con el cofrecillo que contenia cuanto esta poseia de mas precioso; y cerrando con candado la puerta del cuarto la frutera,



los lleva á hacer la comida mas opípara que habia tenido Leonor muchos tiempos hacia, y en que experimentó la satisfaccion mas verdadera que hubiese hallado en toda su vida.

En el siguiente dia por la tarde llegaron nuestros dichosos viajeros al país de Caux, en que el marido de Susana los recibió con todo el enajenamiento del mas sincero júbilo. Leonor se conmovió al volver á ver la aldea en que se habia criado, el palacio de madama de Clermont que la habia educado, los prados, y todos los sitios deliciosos, testigos de los juegos de su niñez. La felicidad de que gozaba Leonor, restituyó á sus nobles y regulares facciones el lustre y frescura de la juventud; recobró con la hermosura su festivo genio y graciosos chistes; y se propuso por último el cuadro de familia que Santiago le habia encargado.

Pero la casa de Susana no le ofrecia ningun lugar cómodo para la ejecucion de este proyecto. Unas ventanillas con vidrios ordinarios ademas, no le suministraban toda la luz necesaria á su trabajo: en virtud de lo cual resolvió proporcionarse en el palacio un sitio en que pudiese trasladar al lienzo cuantas ideas se habia propuesto realizar.

Habitaba entónces en este palacio un sobrino de madama de Clermont, al que pertenecia en propiedad. Hallándose viudo hacia ya un año, se entregaba enteramente á la educacion de dos hijos, fruto de la mas feliz union. Siendo amante apasionado de las artes, y sencillo en sus gustos, invertia la mayor parte de su caudal en amparar á todos los necesitados; por lo tanto, los vecinos de la aldea le miraban como á un padre que madama de Clermont les habia legado al morir, para que continuase sus beneficios, é hiciese honrar su memoria.

M. de Solange, que era el nombre de este amable sugeto, hizo á Leonor la mas obsequiosa acogida. Tomó parte en la conmocion que la doncella experimentó al volver á ver los sitios en que habia recibido las primeras lecciones de virtud; mezcló su llanto con el que esta bella huérfana hizo á la vista del retrato de madama de Clermont, que estaba en el salon; y á la solicitud que Leonor le hizo sobre un paraje acomodado para la pintura: «Escoja vd., le dijo M. de Solange; todo mi palacio está á su disposicion; y me tengo por feliz en verle realzado con la presencia de vd., y adornado con su habilidad.» Leonor dió la preferencia al cuarto en que se habia criado; y desde el siguiente dia, haciendo subir el lienzo que tenia preparado, y demas cosas necesarias, delineó el cuadro que de allí á pocos dias representó la excelente figura del jóven Santiago sentado en su arado. Agrupó luego al lado suyo á Susana y Suseta, como el marido de esta lo apetece; pero á fin de hacer mas viva y vistosa esta primorosa composicion, se representó á sí misma en un lado del cuadro, sentada tristemente sobre un otero, mirando con respetuoso semblante, y reconociendo el retrato en miniatura de madama de Clermont, y teniendo en la otra mano un volumen de las *Conexiones perjudiciales*. Este palpable contraste daba todavia mayor lucimiento al alegre grupo que formaba el centro de la pintura. Toda ésta era verdadera, concebida profundamente, y digna, en una palabra, del pincel de los mejores maestros. Susana y su familia, que venian diariamente á presentarse como modelo, estaban pasmadas de asombro, pues tan patente era su semejanza. No ménos admirado M. de Solange que éstas buenas gentes, alentaba á Leonor, y la elogiaba de continuo con las mas lisonjeras expresiones; pero se conmovió y asombró igualmente, cuando una mañana, despues de haber estado ausente por necesidad unos dias, se reconoció á sí mismo del otro lado del grupo que representaba á Santiago y su familia. Leonor le habia pintado señalando este grupo á sus dos hijos, con apariencia de decirles: *¡Mirad qué felices sois! sed amantes del trabajo; estad unidos siempre; procurad contentaros con lo vuestro, y no conocereis jamas la desgracia.*

Para reunir Leonor en este cuadro cuantos afectos ocupaban su ánimo, puso en el tercer plan, y enteramente á un lado, el sepulcro de madama de Clermont, en frente del cual hacian oracion de ro-

dillas muchos naturales del país de Caux, mientras que dos doncellas jóvenes ponian flores en él. Delante de la tumba se leia esta inscripcion: *A mi segunda madre.*

Habiéndose concluido este cuadro, no quiso consentir jamas M. de Solange en que le sacasen de su palacio. En balde sostenia Santiago, con sus veinticinco luses en la mano, que era suya la pintura. «Vale mucho mas que eso, decia M. de Solange; cuanto oro posees, no podria pagarla; y declaro que no me desprenderé jamas de ella....» Dirigiéndose en seguida á Leonor, añadió: «Y vd., que á tantas habilidades agrega un alma sensible, acrisolada con la desgracia, dignese ayudarme á conservar y hermohear el sagrado depósito que mi difunta mujer me dejó al morir. Mis dos hijos, cuyas amables facciones ha delineado vd. con tanta fidelidad, necesitan, á pesar de todos mis desvelos, de una segunda madre; y no puedo elegir mejor para tal que á la que se ha representado en este mismo cuadro tan digna de dirigirlos, instruirlos, y preservarlos particularmente contra las *conexiones perjudiciales*.....» Al recalcarse M. de Solange sobre estas postreras palabras, señaló el libro que Leonor habia tenido el espíritu de indicar en la pintura: en el mismo instante cogiendo cada uno de sus dos hijos una mano de Leonor, y besándola por repetidas veces, exclamaron sucesivamente: «Sea vd. nuestra mamá, y la querremos mucho.» Conmovida y sorprendida Leonor, estuvo al principio por algun rato sin poder articular una palabra; pero apretando contra su pecho á los dos pulidos niños de M. de Solange, les dijo con el mas expresivo acento: «Sí, sí, el cielo os ha restituido á vuestra madre.» Al punto Susana, su hija y el yerno se echan á sus rodillas, diciéndole: «Lo será vd. tambien de todo el país.....» Leonor, cuyo afectuoso pecho no podia sobrellevar tantas y tan dulces conmociones, se sostenia con trabajo, y se halló apoyada por el brazo de M. de Solange, que anunció que dentro de tres dias se celebraria su casamiento en el palacio.

Tan feliz nueva, divulgada en toda la aldea, causó tanto júbilo, que al despertarse Leonor el dia de la boda, echó de ver que la ventana de su cuarto estaba adornada de guirnaldas de flores y ramas; y en el momento de abrirla, todos los vecinos del lugar, al son de una música campestre, la congratularon con las mas halagüeñas expresiones. Santiago estaba al frente de los jóvenes, Susana guiaba á las madres de familia, y Suseta, aunque muy adelantada en su embarazo, iba dirigiendo á las mozas. En medio de este delicioso espectáculo, y de las mas vivas aclamaciones, vino M. de Solange acompañado de sus dos hijos á buscar á su novia, y la condujo al palacio, en que se celebró su enlace sin fausto ni esplendor, pero al ruido del enajenamiento y regocijados clamores de todos los naturales del país. Leonor mandó á Susana ponerse al lado suyo, y le hizo las mismas honras que á su madre verdadera; trató como hermana suya á Suseta; y para consolar á Santiago de no tener la pintura que habia ido á pedirle en Paris, le prometió copiar el grupo del medio que le representaba sentado en su arado, y añadir en vez de la comida del labrador que Suseta le traia, el guapo niño de que esta le haria padre bien presto. Contrajo al mismo tiempo el empeño de pintar, como parte del cuadro grande, la fiel imágen del memorable momento en que eligiéndola M. de Solange para mujer suya, habia recibido Leonor las primeras caricias de sus hijos, y les habia prometido servirles de madre.

Leonor cumplió fielmente con todos estos empeños. Hizo gozar á su marido de una inalterable felicidad, y á sus hijos de la ternura mas constante. Dió á Susana por toda su vida la administracion general del palacio; á Suseta el arriendo de las principales granjas, y bautizó á su hijo. Quiso que la buena frutera viniese á pasar con ella unos dias en el palacio, y hacerla participar del regocijo comun. Adornó finalmente todos los aposentos del palacio con un sinnúmero de pinturas; y desde entónces no cesan en toda aquella comarca de aprobar la eleccion de M. de Solange, y traer á la memoria *las hermanas de leche.*

## Los cuatro grillos de la panadera.

Mi amigo Jaime entró un dia á una panadería para comprar un buen bizcocho que se le habia antojado al pasar; lo destinaba á un niño enfermo que habia perdido el apetito y á quien no se lograba hacer que comiese algo, sino variándole alimentos.

En tanto que esperaba á que le devolviesen lo restante de una moneda que habia dado para pagar su bizcocho, un niño como de seis ó siete años, pobre, pero aseadamente vestido, entró en la tienda.

—Señora, dijo á la panadera, mamá me envía por un pan.....

Se dirigió ella al mostrador, y tomando un hermoso pan de á cuatro libras, lo puso entre las manos del niño.

Mi amigo Jaime notó entónces la triste y pensativa fisonomía del pequeñuelo; hacia contraste con el aspecto de su grueso y apetitoso bollo, que parecia ser una carga enorme para él.

—¿Traes dinero? preguntó la panadera.

Los ojos del niño se entristecieron y contestó:

—No, señora; mamá me ha dicho que vendria mañana á hablar con usted.

—Vaya, dijo ella, lleva tu pan, hijo mio.

—Gracias, señora.

Mi amigo Jaime recibió su vuelto, y despues de guardar su compra en la faltriquera, se disponia á salir, cuando observó, inmóvil detras de él, al niño á quien ya imaginaba muy lejos.

—¿Qué haces ahí? dijo la panadera, sorprendida tambien de ver que aun estaba ahí el niño; ¿no te gusta tu pan?

—¡Oh! sí, señora.

—Bien, entónces, véte, llévalo á tu madre; si tardas, creará que te detuviste en la calle y te refirirá.

El niño pareció no comprender. Parecia que algo atraia su atencion. La panadera se aproximó á él, y dándole una cariñosa palmadita en la mejilla, le dijo:

—¿En qué piensas, que no te vas?

—Señora, ¿quién canta aquí?

—¡Nadie!

—Sí, sí señora, oiga usted: *cuic, cuic, cuic*..... ¿oye usted?

La panadera y mi amigo Jaime prestaron el oido, y si no el canto de algunos grillos, huéspedes ordinarios de la panadería, nada oyeron.

—¿Es un pajarito, ó el pan que canta cuando se cuece, lo mismo que las manzanas? preguntó el niño.

—No, tontuelo, son los grillos. Cantan porque han encendido el horno, y la vista del fuego los regocija.

El semblante del niño se animó.

—Señora, dijo ruborizándose de su atrevimiento, si usted tuviera la bondad de regalarme uno.....

—¡Regalarte un grillo! dijo riendo la buena mujer; ¡vá! ¡ojalá y pudiera regalarte todos los de la casa, lo haria de buena gana.

—Deme usted uno solamente, si gusta; se me ha dicho que los grillos llevan á las casas la felicidad; si yo tuviera uno, mamá, que siempre está triste y que llora tanto, ya no lloraria mas.

Mi amigo Jaime miró á la panadera: ella se limpiaba los ojos con el reverso de su delantal. Si mi amigo hubiera tenido delantal, habria hecho lo mismo.

—¿Por qué llora la pobre mamá? preguntó mi amigo, no pudiendo ménos de tomar parte en la conversacion.

—Por sus deudas, señor; mi papá se murió; la mamá trabaja mucho, pero no podemos pagarlo todo.

Mi amigo Jaime abrazó al niño, con todo y su pan.

La panadera bajó al horno, y no atreviéndose á coger ella misma los grillos, hizo que su marido pusiese cuatro en una cajita que tenia agujeros en la tapa para que pudieran respirar; dió la caja al niño, que se fué gozosísimo.

—¡Pobre niño! exclamaron á un tiempo mi amigo Jaime y la panadera.

Esta sacó su libro de cuentas, y abriéndolo en la



página donde estaba la de la mamá del chiquillo, hizo una gran línea, porque la cuenta era larga, y escribió debajo: *pagada*.

Entretanto, mi amigo Jaime, por no perder tiempo, buscó en sus bolsillos, y afortunadamente encontró bastantes monedas que, envueltas en un papel, se enviaron á la madre del niño juntamente con su cuenta saldada y un papel en que se la aseguraba tener un hijo que haría su dicha. Todo lo cual fué enviado con un mozo de la panadería, que aunque salió despues, llegó mucho ántes que el niño de los grillos, á la casa de éste. Cuando él entró muy ufano con su gran torta de pan y sus animales, encontró á la madre serena y con los ojos sin lágrimas, lo cual hacia mucho tiempo que no acontecía; él quedó creyendo firmemente que sus grillos eran los autores de aquella felicidad. Y ¿quién sabe? Sin ellos y sin sus buenos sentimientos, ¿se habría operado tal cambio en la modesta fortuna de su madre?

## MANUAL DE URBANIDAD Y BUENAS MANERAS.

### CAPITULO IV.

DEL MODO DE CONducIRNOS  
EN DIFERENTES LUGARES FUERA DE NUESTRA  
CASA.

#### ARTICULO VI.

*Del modo de conducirnos en los establecimientos  
públicos.*

##### I

En las oficinas establecidas para la administración de los negocios públicos, no se entra jamás sino con objetos propios de sus respectivas atribuciones, ni se penetra á otros lugares que los destinados á dar audiencia, ni se ejecuta ningun acto contrario á la policía del local, aun cuando no haya de incurrirse por esto en ninguna pena.

##### II

En los establecimientos industriales y demas casas que estén abiertas al público, deberán aplicarse las mismas reglas del párrafo anterior: en ellas no entraremos nunca á distraer inútilmente á los que trabajan; y si puede ser tolerable que les hagamos visitas, es únicamente en los casos en que no podamos verlos en sus casas de habitación, y en que al mismo tiempo sea total la intimidad de nuestras relaciones, que nuestra presencia no los prive de atender á sus mas urgentes quehaceres.

##### III

Hay sin embargo casos excepcionales, en que puede ser lícito hacer una visita en su escritorio á un hombre de negocios con quien no tengamos íntima confianza; pero esta visita habrá de ser tan corta, que podamos quedar seguros de no haberle causado ningun perjuicio, aun dado que para recibirnos haya tenido que interrumpir una ocupacion importante.

##### IV

Jamás entremos en una oficina con el sombrero puesto, ni fumando. Aquellos que tal hacen, incurren en una imperdonable falta de respeto, y manifiestan apreciar en poco su propio decoro.

##### V

Es un acto de grosera inconsideracion el hacer que los comerciantes se ocupen en mostrarnos sus mercancías, cuando no tenemos absolutamente la intencion de comprarlas, lo mismo que tocarlas y traerlas entre manos, de manera que se ajen y pierdan de su mérito.

##### VI

No nos acerquemos nunca á un lugar donde existan descubiertas prendas ó dinero. Una persona de elevados principios no debe, es verdad, hacerse la injuria de admitir como posible que se le atri-

buya jamás una accion torpe; mas el que echa de ménos una cosa de su propiedad, necesita poseer principios igualmente elevados para apartar de sí una sospecha indigna, y así, la prudencia nos aconseja ponernos en todos los casos fuera del alcance de la mas infundada y extravagante imputacion.

##### VII

Las personas bien educadas se abstienen severamente de levantar la voz y de entrar en discusiones acaloradas en los establecimientos públicos; y huyen de encontrarse en ellos en lances que hayan de referirse luego, y generalizarse hasta caer bajo el dominio del público.

##### VIII

Cuando nos encontremos en una fonda, jamás paguemos lo que se haya servido á una persona con quien no tengamos amistad, pues esto, léjos de ser un obsequio, es un acto incivil y hasta cierto punto ofensivo.

##### IX

Tampoco nos es lícito ofrecer en una fonda comidas ni bebidas á personas que no sean de nuestra amistad.

##### X

Evitemos, en cuanto nos sea posible, el que otro pague lo que nosotros hayamos tomado; fuera de los casos en que preceda una invitacion especial, pues entónces la sola pretension de pagar nosotros, seria una ofensa que haríamos al amigo que ha querido obsequiarnos.

##### XI

Cuando ocasionalmente nos encontremos en una fonda con amigos nuestros, y tomemos junto con ellos alguna cosa, sin invitacion especial de ninguno, procuremos ser nosotros los que paguemos; sin llamar para ello la atencion de modo alguno, á fin de que no se crea que solo hemos querido afectar generosidad, ofreciendo á otros la ocasion de acudir á relevarnos del pago. Nada hay, por otra parte, mas ridículo, mas indecoroso, ni mas indigno, que la conducta de aquellos que, despues de haber comido ó bebido en tales casas en compañía de sus amigos, se alejan disimuladamente y con mal fingidos pretextos en la oportunidad de pagar.

## LOS JUEGOS.

POR

D. F. FERNANDEZ VILLABRILLE.

Los juegos han tenido siempre por objeto proporcionar algun alivio y recreo al ánimo fatigado despues de serias ocupaciones ó de las áridas tareas del estudio. No hablamos aquí de aquellos grandes juegos gimnásticos del circo Olímpico de la antigua Grecia, ni de aquellas festividades celebradas entre los romanos por medio de juegos particulares. Los juegos de que debemos ocuparnos, no tienen grande importancia histórica: son pura y simplemente los ejercicios inventados para todos los sexos y todas las edades; los infinitos medios de recreacion que se han discurrido, para evitar el fastidio, y para preservar de tan peligroso enemigo á la infancia y á la juventud. Desde que el buen Esopo con su fábula del arco, que no podía estar siempre tirante, dió á entender bien á las claras la necesidad de algun recreo para el espíritu, cuya atencion no siempre puede estar embargada, los juegos se han multiplicado al infinito, han adquirido una importancia real, y su descripcion puede ser considerada como un objeto de grande utilidad.

En este libro, segun nuestro plan, solo deben insertarse los *Juegos de la Primera edad*, y que pertenecen á la série de la INFANCIA. En las otras séries ya vendrán juegos de mas importancia y que indemnicen de lo trivial que pudiera parecer; lo que, como parte de un todo, es forzoso insertar en este lugar. Todos los juegos vienen á reducirse en último resultado á dos clases principales: los que

exigen ejercicio del entendimiento, porque en ellos entra el cálculo y la reflexion, y los que solo exigen ejercicio del cuerpo, al que procuran fortalecer y desarrollar. Estos últimos son los que mas deben figurar en la primera edad de la vida.

No todos los juegos pueden verificarse al aire libre, ni el viento y la lluvia permiten siempre gozar de la amenidad del campo. En este caso es indispensable buscar la recreacion dentro de casa, y por esta razon, se insertarán tambien aquellos juegos domésticos, que forman las delicias de una tertulia.

Tenemos algun motivo para creer, que este tratado será mas consultado que los otros por muchos de nuestros lectores. Esto será en razon á su título y su contenido: sin embargo, muchas máximas y reflexiones que en él se contienen, quisiéramos que no las tomasen como cosa de juego.

### EL PARTERRE.

Al frente del antiguo Cason del palacio del Buen Retiro, y como introduccion al vasto jardin de este real sitio, hay un anchuroso y ventilado terreno llamado el *Parterre*, porque efectivamente, lo ha sido respecto del palacio que allí existió en dias de esplendor. Allí figuran todavía las plantabandas y labores de box, cortadas á tijera alrededor de dos estanques, miéntras que á lo léjos campean por encima de los árboles, las puntas y labores del árbol del estanque chinesco. Allí el sol dora con sus oblicuos rayos de Poniente las escalinatas y filas de árboles que las coronan, miéntras que por otro lado la vista puede dominar gran parte de las cúpulas y torres de Madrid, que se destacan sobre un puro y trasparente celaje.

Este es el sitio que los niños prefieren para sus juegos, y maravilla será pasar alguna tarde por él, sin oír resonar los gritos y estrépito, propios de los juegos de la infancia. En los hermosos dias de primavera y otoño y en las serenas tardes del estío, los niños corren presurosos al *Parterre*, á gozar aire puro y calor vivificante. Allí no hay distincion de clases, ni de categorías, todos se tratan de tú: no se hace caso del lujo del vestido, y aun se mira con fastidio, cuando es un obstáculo para entregarse con abandono á los juegos. Únicamente la aristocracia de la edad y de la fuerza es allí conocida.

Tambien las niñas suelen presentarse en el *Parterre*: sus juegos son ménos bulliciosos, y despliegan ya en ellos aquel instinto de coquetería que parece innato en la mujer. En cuanto á los muchachos, el anchuroso espacio les parece poco, para seguir á la carrera el aro que voltea rápidamente impelido, para ejecutar sus cabalgatas, escondites y simulacros de batallas.

¿Quién no se ha regocijado al contemplar aquella caterva de niños, corriendo, saltando y dando volteretas? Unos fuertes y robustos, otros mas delicados; unos ligeros y esbeltos, otros pesados y tímidos, pero todos alegres; todos, así blancos como morenos, con las mejillas sonrosadas por el calor del sol y la agitacion.

En aquellos juegos de la infancia se encuentra un bosquejo de nuestras diversiones y aun de nuestras ridiculeces.

Con las modernas obras que tanto han de embellecer el *Parterre*, está suspendida temporalmente la reunion en él de los niños; pero es de esperar que, concluidas que sean, vuelvan al instante á tomar posesion de su campo de batalla, de su sitio favorito, entónces embellecido con nuevos adornos, con graciosas fuentes, con estatuas de nuestros reyes y recuerdos de nuestras glorias.

Nada de esto, sin embargo, animará tanto el paisaje, como la vista de los grupos de niños y de niñas, todos de corta edad, todos de carnes frescas y sonrosadas, con los cabellos sedosos que caen en rizados bucles alrededor de un rostro animado por el juego y la sonrisa. Vedlos allí, como en la viveza de sus movimientos se deja conocer el ardor de aquella sangre pura que colorea sus mejillas, y en el brillo de sus ojos se trasluce todo el candor é inocencia de su alma.

¡Envidiable alegría la de los primeros años! La



vista de estas deliciosas criaturas es capaz de desar-  
rugar la frente al hombre mas austero y misántro-  
po. Se cuenta de un filósofo muy serio, muy abur-  
rido, muy desengañado de las cosas humanas, que  
al contemplar uno de estos alegres y graciosos jue-  
gos de niños, exclamó:

—¡Qué lástima que todos estos hayan de conver-  
tirse en hombres!

## EL MAESTRO DE LOS NIÑOS.

(Conclusion.)

### HISTORIA XVIII.

#### LA INDISCRECION.

“Huye, huye de todo hombre cu-  
rioso: ciertamente es muy indiscre-  
to aquel cuyos oídos siempre abier-  
tos, fácilmente publican cuanto se les  
confía.”

Carlota, hija del conde de..... era una niña boni-  
ta, amable y cariñosa. Apenas contaba doce años, y  
las gracias de que la naturaleza la habia dotado eran  
el encanto de sus padres; pero un defecto terrible  
oscurecia todas sus buenas cualidades. Este defec-  
to era la indiscrecion. Apenas veia alguna cosa, al  
instante la contaba á todos sin reparar á quién,  
en dónde y cuándo hablaba. Así era que todos la  
temian en la casa, huían de ella, y cuando estaban  
hablando alguna cosa y la veían acercarse, decían:  
«silencio, que hay moros en la costa.» Carlota se  
desesperaba, y por lo mismo no se corrigió jamas.  
Sería muy largo el contar, queridos míos, todos los  
disgustos que experimentó esta niña curiosa é in-  
discreta; será suficiente el que sepais el mas terri-  
ble de todos para demostraros cuántas desgracias  
acarrea un defecto que á primera vista parece de  
poca importancia.

El año 1793 fué para la Francia una época de ter-  
ror y de sangre. Los hombres en cuyas manos ha-  
bia caído el poder, enviaron al suplicio á todos los  
que suponían de distinta opinion ó poco adictos á la  
república. El conde de..... padre de Carlota, fué  
uno de los proscriptos. Condenado últimamente al  
cadalso tuvo tiempo de huir y se escondió en la ca-  
sa de un generoso amigo. Si Carlota hubiera sido  
discreta habria podido gozar la satisfaccion de es-  
tar al lado de su padre; pero éste, que conocia lo li-  
gera de lengua que era su hija, se privó del placer  
de estrecharla contra su corazon, y hé aquí, hijos  
míos, el primer resultado de la indiscrecion, hacer  
sufrir á un padre.

El conde de..... no quiso tampoco que su hija su-  
piera el sitio en que se hallaba escondido, y esta  
misma ignorancia despertó en Carlota el deseo de  
saberlo, no tanto por amor como por satisfacer su  
maldita curiosidad.

Un dia llegó á su casa un hombre con una carta  
para la condesa, y Carlota sospechó que era de su  
padre. Atenta y curiosa observó que aquel hombre  
se encerró en el gabinete de su mamá y corrió á es-  
cuchar lo que pasaba dentro.

Con el oído pegado á la cerradura, conteniendo la  
respiracion y sin perder una sílaba del emisario,  
oyó distintamente que su padre se hallaba en casa  
del baron..... T.

Satisfecha su curiosidad, estaba loca de alegría;  
pero incapaz de callar nada corrió á contárselo á otra  
niña, hija del jardinero de la casa, haciéndola pro-  
meter que no lo diria á nadie.

¡Ay, hijos míos! qué error cometió Carlota: no fiéis  
á nadie vuestros secretos, sino á vuestros padres y  
á vuestro confesor. *Acordaos de que secreto entre  
tres no lo es. El secreto es de Dios y dos.* ¿Quieres  
que tu secreto esté bien guardado? Empieza por  
guardarle tú mismo.

Si Carlota hubiera tenido presente estas máximas,  
no hubiera confiado su secreto. La niña del jardi-  
nero se lo contó al hijo de un vecino, éste á otro y  
de boca en boca llegó á los oídos de un espía que lo  
puso en conocimiento del tribunal revolucionario.

El conde fué preso la siguiente noche y entrega-  
do al tribunal sanguinario.

Carlota se arrepintió de su indiscrecion al contem-  
plar el funesto resultado de su falta, pero ya era tar-  
de.—Su padre fué guillotinado en la plaza de Grève.

Carlota, huérfana, atormentada incesantemente  
de remordimientos, murió á los tres años consumi-  
da por la ictericia, y pocos momentos ántes de es-  
pirar, pronunció con voz débil estas amargas pala-  
bras: el mas verdadero arrepentimiento no puede  
remediar el mal irreparable que he causado.....  
¡maldita curiosidad! ¡maldita indiscrecion!

¡Ay, queridos míos! recordad siempre la historia  
del desgraciado conde de....., y tened presente que  
dicha una vez una palabra, querer recogerla es lo  
mismo que pretender recobrar en medio de su car-  
rera una bala que ha salido de un fusil. Sed pruden-  
tes, hijos míos, no sorprendais ajenas conversacio-  
nes, porque, muchas veces, el que escucha su mal  
oye.

Recordad esta sábia máxima: *Antes de hablar  
piensa. Despues atiende á quién, dónde y cuándo  
hablas.*

## EL FUSIL.

(FABULA.)

Su fusil un soldado con despejo  
Limpiaba sin cesar á todas horas,  
Sacándole tal brillo y tal reflejo,  
Que el sol, cuando se mira en un espejo,  
Luces no arranca de él mas brilladoras.

Como el soldado así continüara  
Un dia y otro y cien, sin que su mano  
Ni un momento cesara,  
Enojóse al fin el que era objeto  
De afanar tan prolijo;  
Es decir, el fusil, y así le dijo:  
«Tanto y tanto te empeñas en limpiarme,  
Que sin metal, si Dios no lo remedia,  
Voy al fin á quedarme:  
¿A qué tanto insistir en darme brillo?  
¿No era mucho mejor, muy mas sencillo,  
Dejarme como estoy sin mas demoras,  
En vez de desgastarme á todas horas  
Con tu endiablado polvo de ladrillo?»

—«No dices mal del todo, bien mirado,  
Le contesta el soldado,  
Porque al fin, sea de ello lo que quiera,  
Mi *dále que le das* es pejiquera  
Capaz de despertar tu ceño adusto,  
Por lo cual, ya que tanto has trabajado,  
Me parece acertado  
Dejarte descansar y darte gusto.»

Esto diciendo, lo alza con cariño  
Del armero en que está, como la madre  
Cuando levanta al niño;  
Y al rincón del cuartel mas apartado  
Lo lleva con cuidado,  
Donde lo deja en paz la mas completa  
Dormir de noche y descansar de dia,  
No sin darle la amada compañía  
De su cara mitad la bayoneta.

Así estuvo el fusil un mes, dos meses,  
Otros dos, cuatro mas..... ¡qué sé yo cuántos!  
Y estuviera tal vez más de otros tantos,  
A no ser porque un dia,  
Estando el buen soldado de ejercicio,  
Cargó mal, á mi juicio,  
Otro fusil que á prevencion tenia;  
Y obediente á la voz de *apunten! fuego!*  
En dos distintos plazos,  
Tiró su mano del gatillo luego,  
Quedando medio bizco, medio ciego,  
Pues le saltó el fusil hecho pedazos.

Endiablado fué el lance á mas de fuerte;  
Pero quiso la suerte  
Que no pasara límites de susto,  
Dando así nuestro mlite robusto  
Una, dos y tres higas á la muerte.  
Preciso le fué entonces la arma rota  
Con la olvidada reemplazar..... y ¡oh cielo!

¿Cuál no fué su amargura y desconsuelo,  
Al mirar su fusil arrinconado  
Todo ya inútil y de orin tomado,  
Negro como un crespon ó un terciopelo?

—«Buena la hicimos! exclamó: ¿así pagas,  
Fusil mohoso, la placiente un dia  
Condescendencia mía?  
¿De qué me sirves ya, lleno de plagas?»

—«No así me arguyas, el fusil contesta,  
Pues tú eres el autor de mi quebranto:  
Descanso te pedí..... pero no tanto:  
Déjame sucumbir sin mas respuesta.»—

*El fusil habló bien, no es patarata,  
Pues si el mucho trabajo nos maltrata  
Porque á mas de trabajo es excesivo,  
Mas que el mismo trabajo, aun siendo acti vo,  
La triste ociosidad al hombre mata.*

## AFORISMOS ANTIGUOS Y MODERNOS SOBRE LA EDUCACION.

Esta es la mejor regla de vida; dedicar al cuerpo,  
solo aquel cuidado que la salud requiere.

Se le debe guardar en cierta sujecion, para que no  
resista obedecer al alma.

Los ejercicios corporales son útiles si son mode-  
rados; pero los excesivos son dañosos, hacen atle-  
tas. Esto último, destruye la juventud del alma.

Los ejercicios fáciles y ligeros, como las carreras,  
el bailar, son provechosos.

Cualquier ejercicio puede hacer, sin embargo, el  
estudiante, si vuelve pronto á sus estudios.

Debe ejercitarse el espíritu, lo mismo de dia, que  
de noche. Un trabajo moderado lo fortifica.

Sed solícitos en adquirir una posesion que esta-  
reis seguros que aumente de valor con la edad: la  
buena salud.

Los jóvenes no deben estar constantemente sobre  
los libros y en la mesa de estudio.

Debe darse al alma algun reposo que la refresque,  
no ahogar enteramente sus esfuerzos.

Por muy difícil que sea el desarraigar los malos  
hábitos, una vez que se han dejado crecer, sin em-  
bargo, no debemos desesperar de conseguirlo; así  
como el médico no debe desesperar de curar una  
penosa enfermedad, aunque el enfermo mismo se  
le oponga.—SÉNECA.

Sed cuidadosos de vuestros hijos y de su educa-  
cion. Desde que comiencen á arrastrarse y á andar,  
no permitais que estén ociosos.

Los jóvenes deben tener algo que hacer, y es im-  
posible para ellos el permanecer en la ociosidad.

Sus cuerpos deben estar en continua actividad;  
porque el alma aun no está capaz de llenar comple-  
tamente sus funciones.

Pero para que no se ocupen en cosas malas y vi-  
ciosas, señaládes horas fijas para la recreacion; y  
tenedles todo el resto del tiempo, hasta donde sea  
posible, en el estudio ó el trabajo, aunque sea en co-  
sas inútiles á vosotros, ó que no os reporten ganan-  
cias.

Bastante habreis ganado, si de este modo les evi-  
tais la oportunidad de entregarse á malos pensa-  
mientos ó acciones.

Por lo tanto, en ninguna parte están mejor los  
niños, que en la escuela ó en la iglesia.—MOSCHE-  
ROSH.

## Los dos mastines.

[FABULA.]

Un mastin, que ya sin dientes  
De puro viejo se vía,  
Ladraba de noche y dia  
A toda clase de gentes.  
—«Aullidos impertinentes  
Son esos á mi entender  
(Dijo otro mastin, al ver  
Su empeño en alborotar):  
¿De qué te sirve ladrar,  
Si ya no puedes morder?»